





**COLECTIVO LITERARIO  
REGLONES DE FICCIÓN**

**SI TE DIGO QUE LA BURRA  
ES NEGRA...**



**Junio 2012**

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas de las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

© 2012 Si te digo que la burra es negra...

© Colectivo literario Renglones de ficción

© 2012 Editorial: Vision Libros

C/ Magnolias 35 bis 28029 Madrid. España

Web: [www.visionlibros.es](http://www.visionlibros.es) Tel: 0034 91 3117696

ISBN: 978-84-9011-408-7

Depósito legal: M-21828-2012

Imagen portada: Cabezas de Ajo

Disponible en papel y ebook

[www.visionlibros.com](http://www.visionlibros.com)

[www.terrabooks.com](http://www.terrabooks.com)

Pedidos a:

[pedidos@visionnet.es](mailto:pedidos@visionnet.es)

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de nuestro grupo editor envíe un correo electrónico a:

[subscripción@visionnet.es](mailto:subscripción@visionnet.es)

## PRÓLOGO

No sabemos si estas historias te van a gustar.

Tampoco, si te tocarán el corazón.

Quizás te transporten a lugares remotos  
o, por el contrario, te mantengan pegado al sillón...

¿Llorarás de alegría? ¿Reirás de miedo?

Sólo tenemos una cosa clara... que la burra es negra.



*Jirones de nuestra alma, deshilachadas,  
se enganchan y se enredan  
nuestras palabras.*

Helena





F.J.FAYERMAN

## EL ORDEN OCULTO DE LAS EMOCIONES

**M**i familia está reunida en torno a la abuela, como cada domingo, devorando con inmenso placer las croquetas de carne con huevo y pan que ella nos prepara.

Mi abuela es la persona más cariñosa del mundo, incluso más que mi tío Carmelo que siempre me regala dulces y me mete un duro en el bolsillo del pantalón. Lo hace de forma maquinal y con mucho disimulo, pues sabe que a mi padre no le gusta que nos den dinero.

Si algo ama mi abuela, es su jardín. Apenas desayuna, coge el cesto de las herramientas, abre la cancela y se pierde en su mundo vegetal. Las tardes las pasa encerrada en el piso de arriba.

El abuelo murió hace dos años y a partir de aquel momento ella tomó las riendas de nuestras vidas. Despidió al jardinero, contrató a una empleada de hogar y retomó las clases de biomecánica que había abandonado al casarse.

La historia de mi familia es fascinante. Entre las características que la definen está la ausencia de enfermedades y el agujero de la espalda. Otro de nuestros rasgos particulares es el aspecto físico. Somos muy diferentes, unos rubios, otros con el cabello negro y ensortijado y los demás lucimos un pelo color zanahoria, todo ello mezclado aleatoriamente con ojos verdes, azules o negros. Los niños vamos a colegios y a cursos diferentes para no luchar unos contra otros, ya que siempre somos los primeros de la clase.

Cada cuatro años nace alguien nuevo en las estancias del piso alto y al domingo siguiente, mientras esperamos las croquetas de carne con huevo y pan, sentados a la mesa en el salón, lo conocemos. El último en nacer ha sido mi primo Luis, pero solo lo vimos un rato y después desapareció escaleras arriba sin que mi abuela nos diera razón alguna. Y de eso hace ya dos meses.

En total somos veinte personas: mi abuela, mi padre, mi tío Alberto, mi tío Carmelo y mi tío Ricardo; mis doce primos y los tres hermanos gemelos de los que formo parte.

Esta noche va a ser especial. Todos esperamos el atardecer del último domingo de cada mes, para visitar con mi abuela la habitación de los juguetes

mecánicos. Nos agitamos impacientes viendo cómo busca el manojó de llaves en el cajón del aparador, sube al primer piso y abre, por fin, la puerta de la habitación añorada.

El cuarto está revestido de estanterías rebosantes de juguetes y otros objetos de hojalata: Un mono que salta al tiempo que toca los platillos, un payaso que hace girar varias pelotitas en el aire, un soldado francés bajo un enorme gorro exhibiendo la bayoneta calada en su fusil, una moto con cuatro ruedas y un tiovivo que da vueltas incansable al ritmo de una cancioncilla pegadiza.

A una orden de mi abuela, todos los juguetes se ponen en funcionamiento, caminan por la habitación y salen al pasillo chocando entre ellos. Al cabo de unos minutos vuelven a su sitio y quedan inmóviles y en silencio.

Una vez restablecida la calma, mi abuela atraviesa la habitación y pone en hora el reloj de pared; después encaja a Madame Butterfly en el plato del gramófono y la hace cantar a setenta y ocho revoluciones por minuto.

Esa es la señal. Nos colocamos en fila: delante, mi padre y el tío Carmelo; detrás, el tío Alberto y el tío Ricardo. A continuación y por orden de estatura nos ponemos los jóvenes y los niños y con una llave muy grande, que coloca en el agujero de nuestra espalda, mi abuela nos va dando cuerda uno a uno y para todo el mes.

Después de comer, nos ha presentado otra vez al primo Luis. Sorprendentemente, en lugar de un agujero para la llave, lleva empotrada en su espalda una cajita con dos cilindros metálicos que mi abuela llama pilas acumuladoras y que según ella harán la vida más cómoda al nuevo miembro de la familia.



JOSÉ RICARDO MACEIRAS CASTRO

## APRENDIZ

- ¡Imbécil! ¡Has destrozado un salmón excelente!  
Y ahora, ¿qué vas a hacer con el picadillo?

—Lo siento, jefe, quería hacer una especie de croqueta que fuera más ligera para los estómagos delicados.

Nunca acertaba. Todas sus ideas eran criticadas. No parecía tener futuro en la cocina.

Había entrado como aprendiz del reputado maestro italiano y, al poco tiempo, se sentía cómodo entre fogones, ollas y artilugios, los cuales manejaba como si hubiera crecido con ellos.

Su destreza y desparpajo no escapaba a los ojos del maestro que, continuamente, le exigía más que a sus otros aprendices, siempre un plus y un reproche —para que aprendas— le soltaba repetidamente,

pero lo que realmente latía era una malsana envidia por la creatividad de la que él carecía.

No existía ingrediente que le asustara: esta especia con esta carne, esa hierba aromática con ese pescado, anchoa sobre rodaja de zanahoria...

Utilizaba a los cocineros de los restaurantes vecinos como su grupo de degustación personal y como no siempre le salían bien los experimentos, aprovechaba sus gestos para detectar lo que sobraba o faltaba; tampoco tenía problema en que le copiaran las recetas, aunque nunca desvelaba la totalidad de sus ingredientes; normalmente le bastaba con su creatividad y los gestos de placer en la cara de los comensales.

Esta vez se le fue la mano con el *polvo de delicias silvestres* —finalmente descubrió que contenía setas venenosas—, que le aseguraron infalible con los platos de ave. Fue tan desastroso que los cocineros del restaurante vecino, *los tres caracoles*, aparecieron muertos por la mañana; menos mal que se lo habían comido todo y esto, unido al hecho de que siempre se deshacía de los restos de sus mejunjes, le libraba de toda sospecha.

Esa fue la gota que colmó el vaso. Lorenzo y Ludovico, al tanto de sus idas y venidas, deciden que, a partir de ahora, su puesto estará en el taller de pintura del maestro Verrochio. No lo trajeron desde Vinci para que matara a todos sus cocineros.



HELENA MROLDÁN  
ARREPENTIMIENTO

“Mañana te vas a la Clínica y en la habitación que te asignen, me esperas.”

Es lo último que te dije y ni siquiera recuerdo tu respuesta.

Pero no me esperaste. Tenías mucha prisa por marchar, no sé hacia dónde; quizá es que nunca te lo pregunté.

Y me dejas tu miedo, tu falta de ilusión, tu rendimiento; rondando mi cabeza y girando en mis ojos velozmente.

Me derrotas con tu cansancio y plasmas tu mirada perdida encima de la mía.

Me legas el desprecio por mi bata de médico, y tu recelo, y tu desconfianza en mis palabras.

Estoy deshecho de inseguridad y remordimiento.

¿Por qué no me esperaste?

Tal vez te has encontrado en el camino, llorando mi despegó, al hijo que engendramos: el que tú concebiste y yo arranqué.

¿Por qué lo nombro hoy, si he fingido su olvido tantos años...?

Tal vez porque me siento frágil a esta hora, porque me tiembla el alma a tu recuerdo; tal vez porque lamento tu marcha, porque querría tenerte y ya no puedo.

... Porque el tiempo descarna la raíz del silencio y la melancolía llueve sobre mis huesos.

¿Por qué no me esperaste?

Eres como un reproche entre mi almohada. No queda una burbuja de mi aliento en que no habites ya.

Te mueves como el aire en mi memoria: la inundas, vuelves, vas..., como una danzarina evolucionas, de un salto a otro, dentro de sus sombras.

Y es que bailabas, te encantaba bailar. Yo no entendía bien en esos tiempos aquélla afición tuya, lo recuerdo... Y luego lo dejaste, ¿quizá para agradarme? Nunca hablamos de eso: Imágenes de nuestra vida irrumpen por mi frente, como secuencias de escenas que no acaban, y adquieren protagonismos que no entiendo, y perturban mi sueño.

Y lloro solo. Me acompaña la ausencia de los que no vinieron y oigo sus pasos, que borraron injusta, inclementemente, en tu juventud, mis manos inexpertas.

Y lloro solo, cuando tú te has ido. Y no te apartas de mi pensamiento. Porque quisiera tenerte y ya no puedo. Y, mientras, la nostalgia erosiona mis huesos.